



EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

DIRECTORA: D.^a ANGELA GRASSI.

SUMARIO. *Revista de Madrid*, por la Condesa de Araceli.—*La Real Casa de Santiago*, por D.^a Angela Grassi.—*La Alondra* (poesía), por don Antonio Arnao.—*El camino angosto* (continuación), por D.^a María de la Cruz.—*Varietades*, por R. S.—*Labores*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 861.—*Grabado de Labores*, núm. 73.

REVISTA DE MADRID.



N ninguna época mejor que en la presente podría decirse con verdad que la vida es sueño. Mientras nuestros antepasados contaban las tranquilas y uniformes horas entre los halagos de su familia, ó entregados á sus pacíficas ocupaciones, bien que el lóbrego invierno estendiese su manto de hielo sobre la campiña, bien que la primavera y el otoño coronasen de flores ó frutos los árboles frondosos, nosotros, arrastrados por un vértigo inconcebible, ansiosos de emociones extraordinarias, de goces desconocidos, corremos aquí y allá adonde el placer nos llama, como si ambicionásemos descifrar el problema del movimiento continuo.

Semejante este tiempo al de las Cruzadas, en que monarcas y plebeyos, ricos y pobres, obispos y oscuros monjes, ancianos, niños y mujeres, cogian indeliberadamente el báculo del peregrino, y se encaminaban á la Tierra Santa sin pensar en los obstáculos del camino, nosotros nos acomodamos intrépidamente en el wagon del ferro-carril, sin pensar siquiera si el Dios del oro, que es Dios Todopoderoso, nos reservará algunos de sus dones, para no hacer como la cigarra de la fábula, y morir de penuria en el invierno.

La única diferencia que existe entre los peregrinos de antes y los de ahora, es que á aquellos les impulsaba la fé santa, y nosotros vamos en pos de un placer, que suele trocarse en humo al querer abarcarlo con las manos.

Pero, ¿es acaso posible resistir al llamamiento del placer, que se reviste este año con mil formas desconocidas, con mil bellos atributos; que se presenta á nuestros ojos cubierto de flores, y despidiendo rayos de un resplandor vivísimo, que ofuscan las miradas?

¿Quién podía resistir al deseo de ir á la Ciudad Eterna, engalanada con toda su pompa secular, y rendir un tributo de homenaje al venerable anciano, símbolo del Salvador divino? ¿Quién podía dejar de ir á París y contemplar allí reunidos, como por el conjuro de un mágico poderoso, todos los productos, todos los artefactos de la tierra? Ver codearse el tostado hijo de los desiertos africanos con el habitante de los polos, las flores espléndidas del Asia, camppear al lado de las flores que nacen entre los hielos y abren trabajosamente su cáliz al sol del Mediodía, y la pagoda china, levantándose junto al templete gótico cristiano?

Pero aun no le bastaron estas maravillas al placer para seducir á sus adeptos.

Los reyes que van y vienen, dejan en pos de sí un rastro luminoso, y llenan las poblaciones que atraviesan de vida y movimiento.

Además, cuando la novedad de la Exposición empezaba á envejecer, como envejece todo, y muy aprisa, en este mundo, aparece el 15 de Agosto, la fiesta de Napoleon, y la ciudad cosmopolita vuelve á atraer á su insaciable golfo á todos los viajeros dispersos, alucinándolos con sus magníficos festejos, con su iluminacion brillante, que un distinguido escritor compara á una erupcion del Vesubio vista en la oscuridad de la noche desde el golfo de Nápoles.

A una iluminacion del Carnaval en Venecia, compara otro, la bellísima que llenó de resplandor los jardines de la Granja, durante la permanencia en el régio sitio de los monarcas portugueses.

Imposible es, dice, describir la magnífica cascada que se derrumba mujiendo de lo alto, el jardín con sus altísimos árboles seculares y el palacio, convertidos en un mar de fuego. Farolillos ocultos entre el ramaje, ó figurando palmeras, arcos atrevidos y elegantes gallardetes, luces de todos co-

lores, reflejándose y centuplicándose en las aguas verdosas de la cascada, y en las diamantinas aguas de las fuentes, presentaban un espectáculo fantástico é imponente, tal como no podría soñarlo la imaginación ardiente de un poeta.

¿Y qué hace entretanto la Moda? ¿Permanece ociosa, mientras sus sacerdotisas queman incienso en sus altares?

La Moda, como si quisiera detener la marcha del tiempo, como si quisiera conjurar las nubes próximas á dejar escapar de su seno las primeras aguas de otoño, temerosa de ver perecer y sepultarse en el olvido sus últimas creaciones, se esfuerza en engañarse á sí misma, como suelen hacer las mujeres cuando llegan al estío de la vida, conservando con tenaz insistencia su atavío de verano.

La Moda se viste de blanco y se corona de flores, ya sea el traje de alpaca, de tul, varés ó seda.

De tul blanco sembrado de violetas de parma era el que ostentaba la Reina Pía en el baile de la Granja, completándolo con una diadema de brillantes, y de tul blanco con adornos de flores ó diamantes, los que lucían en general nuestras bellísimas damas de la aristocracia.

Modelos de exquisita elegancia y de buen gusto, algunas, sin embargo, vestían trajes azules, sembrados de jazmines, color de rosa, adornados de pensamientos, y color maiz, que es el color privilegiado de la Moda, con guirnaldas de margaritas.

É interin así brillan y se divierten los hijos mimados de la suerte, los habitantes de Madrid, condenados á no salir de su recinto, buscan solaz en el Circo de Paul, en el Tea-

tro Chino, van á admirar las proezas del hábil gimnasta *Ethardo* en el de Rossini, ó se contentan con pasear en lindos barquichuelos por el estanque del Retiro, haciéndose quizás la ilusión de que se deslizan por las azuladas ondas del Atlántico y el Mediterráneo.

Por fortuna, la esperanza les muestra su verde manto, y les ofrece para el otoño, para cuando regresen los viajeros, como las golondrinas errantes á su patria, infinitos placeres que saborean de antemano con delicia. El Teatro Real, resplandeciente de luces y lleno de armonías, en donde podrán ir á aplaudir una vez mas con frenético entusiasmo á la Penco, á Tamberlick, á Bonnehee y á Selva; el coliseo de Jovellanos, con sus dos compañías de zarzuela y verso; el Circo, en donde Arderius sabrá arrancar francas risas á los mas melancólicos, y por último, el Príncipe, en donde el arte dramático tendrá su representación mas alta y distinguida.

Esperemos que se realicen estas bellas esperanzas, y descendamos por un instante al terreno de las realidades.

La jóven poetisa D.^a Blanca Gassó, acaba de poner á la venta un precioso libro, adornado de viñetas, é impreso magistralmente por Rivadeneira. Se titula *Corona de la infancia*, y jamás la infancia habrá ceñido una corona tan bella y delicada. Máximas morales y sanos consejos, espre-sados en versos fáciles y sonoros, es lo que contiene esta obrita, que no vacilamos en recomendar á las madres que deseen educar para el bien á los hijos de su alma.

LA CONDESA DE ARACELI.

INSTRUCCION.

LA REAL CASA DE SANTIAGO.

¿Es posible, Enrique, que me preguntes en són de burla, en qué salvaje rincón de la tierra me he refugiado para ponerme al abrigo de los rigores del estío, sabiendo que estoy en Uclés, y que respiro la perfumada fragancia de sus flores? ¿Es posible que tú que has viajado tanto, que has visitado los antiguos monumentos de Francia, Italia, Suiza y Alemania, ignores que en estas breñas se esconde un joyel artístico de valor inmenso, un monumento precioso, recuerdo de los pasados tiempos?

¡Ah, cuándo, cuándo los españoles, mas celosos de su propia grandeza, de sus propias glorias, dejarán de unir su voz al coro de alabanzas que los soberbios extranjeros entonan á las suyas! ¡cuándo dejarán de menospreciar lo que enaltece á su país, para postrarse de hinojos ante lo que le enseñan á admirar en los demas países! ¡Funesta ceguedad, incomprensible error, que no solo deprime su

importancia á los ojos del mundo, sino que esteriliza el génio, enerva la voluntad de acometer grandes empresas, y haciéndonos incapaces de producir nuevos portentos, infunde en nuestras almas ese culpable desden, esa apatía funesta, merced á la cual dejamos que se derrumben piedra por piedra los antiguos edificios, ó nos anticipamos á la acción del tiempo, poniendo en ellos la sacrílega piqueta destructora!

¡Ah! Enrique, ¿es posible que seamos tan ingratos hácia la madre patria? Otorgóla Dios cielo benigno y fértil suelo. Frutos regalados, metales brillantes, mármoles preciosos, variadas perspectivas, nada le falta para rivalizar con las comarcas mas bellas de la tierra; mas ¿qué importa todo esto, si le falta el amor reverente y entusiasta de sus hijos?

Para castigo de tu ignorancia, Enrique, te obligo á leer la descripción de estos lugares.

El día 13 de Enero de 1809, en que de resultas de la desgraciada batalla, dada entre las tropas españolas, al mando del general Venegas, y las francesas, al del general

Victor, quedó arruinado el pueblo de Uclés, no fué mas que el preludio de las desventuras que debia experimentar en lo sucesivo, pues hoy no es ni siquiera sombra de lo que fué en otro tiempo.

Esta villa pertenece á la provincia de Cuenca, y segun las historias, crónicas, inscripciones y antigüedades, no cabe duda de que es la antigua *Urcesa* romana, de fundacion anterior, y con mucho, á la venida de Jesucristo.

Está situada en una especie de cuenca, rodeada de pequeñas montañas, bastante ásperas y fragosas, de modo que casi por ninguna parte, excepto por la del N. se la descubre, hasta que se llega á sus linderos. A pesar de esto, empieza la poblacion á la falda de una colina escarpada, y sube en anfiteatro por sus laderas, ofreciendo una bellísima perspectiva, pues desde los peñascos que la cercan se pueden contar todas sus casas y sus calles, que en general son anchas y simétricas.

El término de Uclés es muy hermoso, tanto por ser terreno quebrado, lleno de colinas y fértiles llanuras, cuanto por el inmenso horizonte que abraza, principalmente por la parte de Poniente, desde donde se divisan infinitos pueblecillos, coronando el mágico paisaje las altas y nevadas cumbres de Guadarrama, Navacerrada y Somosierra.

Hácia el N. y el E. se encuentran una multitud de huertas regadas por el rio, ó mas bien arroyuelo de Bedija, que nace á un cuarto de legua del pueblo, y corre al N. del mismo, hácia una dilatada vega, en donde crecen en abundancia las mejores y mas sabrosas hortalizas de España, y en donde se halla una ermita dedicada á la Virgen de la Defensa.

Descuella al O. una montaña, que ofrece la singularidad de estar horadada por dos inmensas cavernas. Forman un espeso follaje en su interior, las higueras silvestres, yerbas aromáticas y plantas medicinales, que brindan una guarida segura á las liebres, los conejos, las zorras y las perdices.

La caverna mayor, llamada del Moro, abierta naturalmente en la peña viva, tiene la entrada redonda y de grande estension. La menor, conocida por la caverna de la Mora encantada, es mas estrecha, y nadie se ha atrevido á penetrar en ella.

La tradicion asegura, que allí reposan los restos de dos infelices amantes, víctimas de las asechanzas de un viejo y celoso mago. Espacio tenia sobrado en Uclés para asegurar sus presas el perverso viejo, porque al N. se estiende otra cordillera, llena igualmente de cavernas espantosas, peñascos, riscos, y picos aislados, que por sus estrañas formas parecen trasgos, alimañas y esqueletos suspendidos de los montes.

La Real Casa de Santiago, situada en la cumbre de la colina, en donde está fundado el pueblo, tiene en frente la torre Albarzana, compuesta de dos unidas por un arco. Entre dichas torres y el convento hay una gran plazuela, de modo que forman dos edificios separados. La torre está unida á un lienzo de muralla que conduce al castillo ó fortaleza, cuyo cuerpo principal se conserva, y demuestra la solidez grandiosa de su fábrica.

Pero la verdadera maravilla de Uclés es el convento, fundado en el año de 1175, con motivo de la donacion que

de todo aquel territorio hizo el Rey D. Alfonso XI de Castilla á los caballeros de Santiago, cuando fueron espulsados de Leon por su Rey D. Fernando. Posteriormente el católico Felipe II, amplió esta Real Casa, siendo director de las obras el célebre arquitecto Juan de Herrera.

Sirve de entrada al convento un gran portal ó salon, que precede á un patio, casi tan anchuroso como el del régio palacio de Madrid. Rodéante dos galerías, la una alta y la otra baja, y tiene en medio un algibe con brocal labrado.

La escalera, que desde la galería inferior llega á la principal, en donde se divide en dos, es obra en extremo celebrada por los inteligentes, que la consideran como un prodigio del arte. De igual mérito es la que desde las inmediaciones de la sacristía sube tambien á la misma galería alta.

En la baja se halla la puerta que conduce á la Iglesia, una de las mas bellas y suntuosas de España. Consta de una sola nave, con cuatro capillas laterales. La mayor es muy espaciosa, y está separada del cuerpo de la iglesia por unas verjas de hierro, con sus armas y leones dorados, de un mérito peregrino. Llamen en ella particularmente la atencion el retablo, cuya hermosa pintura representa á Santiago, y la araña de cristal, colocada en el centro, que es de sumo gusto.

Debajo de esta capilla hay un magnífico panteon, al que se baja por mas de 60 escalones, admirándose allí las estátuas de diferentes Obispos, y varios sepulcros con sus inscripciones.

En la bajada al panteon se halla la estancia en donde estuvo preso mucho tiempo el célebre poeta D. Francisco de Quevedo.

En otra de las capillas de la Iglesia, se conserva la silla de D.^a Urraca, y varias armaduras antiguas de los primeros caballeros de la Orden, anteriores al tiempo de las Cruzadas.

El coro tiene una preciosa sillería de nogal y dos órganos.

No menos digna de atencion es la sacristía, en donde se vé una mesa de jaspe de veinte piés de largo y doce de ancho, encima de la cual se ostentaban antes mas de 40 cálices de oro y plata, palanganas, fuentes, jarrones, ornamentos de pontifical, la custodia, y varias alhajas, que se llevaron los franceses: un Santiago de oro macizo, de una arroba de peso, y un brazo del mismo Santo Apóstol, colocado en una preciosa urna de cristal, engastada de diamantes.

Renuncio á describirte el Archivo, destruido por los franceses, y que contenia documentos antiquísimos del tiempo de los Godos; la magnífica biblioteca, tambien destruida por ellos ó saqueada, el aposento Episcopal, y por último, los elevadísimos chapiteles y las enormes campanas, particularmente la *Grande*, que resuena á mucha distancia, y añade una severa majestad á la majestad grandiosa del conjunto.

El edificio, como ya te he dicho antes, está situado sobre una montaña, cortada en sus tres cuartas partes por una muralla de piedra, y la meseta ó rellano que le sirve de base, es un hermoso prado, circuido de un parapeto ó mirador, desde el cual, estando mas en alto que las colinas

que le cercan, se descubre un variado y sorprendente panorama.

Poseía también el convento un magnífico Parque Real, llamado *Fuente Redonda*, cortado en dos por el Bedija, que le rendía el tributo de sus aguas. Hallábanse en él sotos frondosos, espesos bosques de álamos blancos, montecillos cubiertos de pinos ó viñedos, y jardines y verjeles, éstos llenos de frutos delicados, aquellos de flores olorosas.

Existe en sus inmediaciones un lago circular, rodeado de una pared, y á cuyo fondo se baja por escalones, en forma de anfiteatro, que jamás se ha visto seco, y que constituye una de las antigüedades más preciosas de España.

También descuella cerca de allí un alto cerro, llamado *Cabeza del Griego*, en el que se han hecho muchas escavaciones para descubrir las ruinas de la famosa *Segobriga* romana.

¿Pero ves, Enrique, lo que te decía al principio? Si preguntáras á los habitantes de Uclés cuál es el lugar en donde se dió la reñida batalla entre moros y cristianos, llamada de los *Siete Condes*, batalla que hizo funestamente

célebre el año 1100, y en la cual murió el Infante D. Sancho, hijo único del Rey D. Alfonso VI de Castilla, ó no sabrán responderte, ó te mostrarán las ruinas de un corral, llamado actualmente el *Corralon de los puercos*! ¡Ay, Enrique, ay! ¡Ni una cruz, ni un epitafio, marca el sitio en donde yacen los despojos mortales de aquellos héroes, que murieron combatiendo por su religion y por su patria.

Por esto parecen gemir allí más tristemente las auras; por esto parece que en las calladas horas de la noche son allí más lúgubres y quejumbrosos los ecos, como si quisiera la naturaleza indemnizar á las sombras venerandas del olvido ingrato de los hombres!

El Uclés en donde habito subsiste casi tal como acabo de describírtelo, pero por todas partes se descubren las huellas que las mudanzas de los tiempos y el desorden de las pasiones imprimen en las frágiles obras de la tierra, haciéndonos volver involuntariamente los ojos hácia aquella patria feliz en donde todo es inmutable!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

LA ALONDRA.

—
 Cuando la rubia aurora
 Vertiendo en perlas matinal rocío
 Con áurea luz colora
 El firmamento umbrío,
 El árduo monte y apacible río;

A la celeste altura
 Tu fácil vuelo con placer levantas,
 Y un himno de ternura
 Cuando más te adelantas
 Al sol que nace misteriosa cantas.

Cuando al morir el día
 De fuego tiñe la silvestre cumbre,
 La que el ocaso envía,
 Confusa muchedumbre
 De tristes rayos de espirante lumbre.

Tú en el viento vogando
 Subes, y subes hasta el cielo hermoso,
 Para entonar con blando
 Concento melodioso
 Al sol que muere canto misterioso.

Trás del oscuro invierno
 Torna vertiendo amor la primavera,
 Y tú en afán eterno,
 ¡Oh,avecilla hechicera!
 Solitaria al sol cantas raye ó muera.

¿Por qué unirte no quieres
 Al coro de las aves tus hermanas:
 Y en soledad prefieres
 Con cláusulas galanas
 Cantar al sol en tardes y mañanas?

¡Ay!—Porque te asemejas
 Á el alma justa en el ingrato suelo:
 Cual tú la tierra dejas,
 Ella con ráudo vuelo
 Para cantar á Dios asciende al cielo.

ANTONIO ARNAO.

EL CAMINO ANGOSTO.

(CONTINUACION.)

III.

Habían trascurrido quince días desde los anteriores sucesos: una noche en que la nieve caía á grandes copos, dos viajeros seguían el camino de Choisy, con tardo y vacilante paso. La más densa oscuridad reinaba en la atmósfera, y esta misma oscuridad hacía resaltar la blancura de las montañas, cubiertas de nieve, que se destacaban de una manera fantástica sobre el color aplomado y tenebroso de los cielos. Algunos árboles gigantescos esparcidos aquí y allá, y cuyos descarnados troncos estaban cubiertos por la nieve, cual por una ropa diáfana, parecían fantasmas dispuestos á interceptar el paso de los campos. Soplaba un viento

penetrante, que gimiendo detrás de la maleza, imitaba en algún modo los postrimeros ayes de infinitos moribundos, que se confundían con el lejano y lúgubre murmullo de las aguas del Oise.

Rendidos de fatiga, transidos de hambre y de frío, caídos de agua, llegaron á una posada poco distante de Choisy.

¡Ay! ¿Quién hubiera podido reconocer en ellos al brillante Eduardo, á la seductora Angélica? ¡Nadie, nadie!

Pero, ¿por qué estrañas circunstancias se hallaban todavía en aquel sitio? ¿Cómo no habían buscado su salvación en remotos climas, léjos muy léjos de su ingrata patria?

Eduardo, débil y moribundo, había tenido que buscar un refugio en la choza de un leñador honrado y compasivo. Allí había permanecido quince días, luchando entre la vida y la muerte, hasta que los amantes cuidados de Angélica y los remedios eficaces del leñador, muy hábil en la sencilla medicina de los campos, le habían devuelto algún tanto sus perdidas fuerzas. Carecían de recursos: sus bienes estaban embargados, y Angélica, que había vendido todas sus joyas y preseas, no había podido salvar nada de las exigencias del carcelero, que había consentido en salvar á Eduardo. Tenía que ir á pié y mendigando: solo podían confiar en Dios y en las buenas almas. Dios y las buenas almas no les habían faltado.

Por lo demás, si seguían el camino de Choisy era porque en su recinto se albergaba su hijo, y deseaban recogerlo y llevarlo consigo en su destierro. Úrsula, avisada ya, debía salirles al encuentro en un punto convenido.

Cuando llegaron á la posada, Eduardo no podía dar ni un paso mas. ¡Horrible conflicto! si entraba á pedir hospitalidad, podía ser reconocido; si continuaba su camino, estaba seguro de morir agobiado por el hambre, el frío y la fatiga.

El interior de la posada estaba iluminado, y se oía un confuso rumor de juramentos y carcajadas, mezclado con el rumor de las copas que se chocaban entre sí. Sin duda los carreteros y pastores de las cercanías se habían refugiado allí, buscando en el vino una defensa para combatir los rigores de aquella lúgubre noche.

—¡Entremos, y Dios nos protegerá, dijo Angélica llamando á la puerta.

Salió á abrir el posadero, hombre honrado y caritativo, á pesar de su oficio, quien no solo les concedió la hospitalidad por amor de Dios, sino que quiso que los carreteros les hiciesen lugar junto al fuego, y puso delante de cada uno, sobre una pequeña mesita, un plato de asado y un vaso de vino.

Angélica y Eduardo repararon con esto sus menguadas fuerzas, y hubieran gozado de un tranquilo bienestar si los carreteros, prosiguiendo una conversacion empezada, no hubiesen venido á despertar todos sus temores.

—¿Pues no habeis oido el pregon de esta tarde? dijo uno de ellos; ¡poquita gente había en la plaza reunida para oírle! Si señor, si señor, se sospecha que el traidor que quería entregarnos á los ingleses, anda escondido por estos bosques, y es muy respetable la suma que prometen al que quiera entregarlo muerto ó vivo.

Una rápida mirada se cruzó entre Angélica y Eduardo, y éste, por un movimiento involuntario, se cubrió mas y mas el rostro con su capa.

Los circunstantes, medio beodos ya, no repararon en este movimiento, y el orador prosiguió diciendo:

—Por cierto que á la mitad del pregon pasaba por allí la hermosa Magdalena, dando el brazo al Duque de Alenfort, que la iba acompañando, y que, segun se dice, es ahora su favorito. ¿Quereis creer que se mostró serena y tranquila, y que ni un solo instante cesó de hablarle y sonreírle?

—¿Y qué tiene que ver la hermosa Magdalena con el fugitivo? preguntó cándidamente el posadero.

—¡Toma, toma! repuso su interlocutor; ¿de dónde venís que no sabeis esas cosas? ¡Tiene que ver, porque antes de hallarse en desgracia, era su amante!

El posadero abrió desmesuradamente la boca, se quitó el gorro, se lo puso, lo arrojó al suelo, y exclamó con irritable acento:

—¡Esto no es posible! ¡os digo que no es posible! ¿No habeis oido hablar de su santa mujer? ¿No habeis oido contar todo lo que ha hecho su santa mujer para defender su causa, para librarle de la muerte?...

Mi antiguo señor era uno de los jueces, y mil veces lo ha contado, llorando como un niño. Activa, digna, sin recurrir jamás á las bajezas, cerrando los oídos á toda proposicion injuriosa, dulce y enérgica al mismo tiempo, con su prudente reserva en el obrar, con sus modales graciosos, pero castos, ha sabido de tal modo granjearse la general estimacion, que todos sienten la desgracia de su esposo, y quisieran conjurarla, tan solo por piedad hácia ella. Y quereis que con una esposa semejante, ese desgraciado Mailly haya podido rendir sus homenajes á la ligera y casquivana Magdalena? ¡No, no, esto no es posible!

—Con todo, repuso vivamente un jóven que había escuchado con suma atencion este debate; yo os digo que es verdad, y que la alegría que aparentaba esta tarde, era mas bien fingida que real, porque al oír el pregon, yo la he visto palidecer y estremecerse; pero ya se vé, el Duque de Alenfort estaba á su lado, y le ha sido preciso disimular sus sentimientos.

—Ya lo creo, dijo otro. Por medio del Duque de Alenfort, que es muy poderoso en la córte, ha logrado alzarse con todos los bienes confiscados á Mailly. Así es, que habita en su hermoso palacio, extramuros de la ciudad, y manda como reina á los antiguos servidores de la pobre Angélica, que ha querido absolutamente conservar á su servicio.

—¡Esto es muy estraño, interrumpió el jóven que se había mostrado tan indulgente con Magdalena. ¿No opinais como yo, que su intencion, al querer obtener esos bienes, habrá sido por conservárselos intactos á Mailly ó á su hijo? Guillermo, el antiguo escudero del proscrito, me decia la otra tarde: Si no pensase que esa es su intencion, no hubiera permanecido un solo instante á su servicio.

—Yo opino por el contrario, dijo otro, que este ha sido un acto de venganza ejercido contra Angélica.

—Tú todo lo ves negro!

—Y tú color de rosa. Si amase á Mailly, no hubiera es-

trechado otros lazos con el duque de Alenfort!

—Y que dicen que está celoso como un turco!

—Hace bien, exclamó otro, es una mujer admirable!

—Divina!

—Hechicera! gritaron todos en coro.

—¿Quién de vosotros, dijo el posadero con brusco tono, quién de vosotros quisiera tenerla por madre, por hermana ó por esposa?

Un profundo silencio respondió á estas palabras: cada uno cogió su vaso y le apuró, para ocultar su derrota, mientras el posadero se paseaba por la estancia con aire triunfante, sonriéndose y frotándose las manos.

Inmóvil habia estado Angélica, sin atreverse apenas á respirar durante este extraño debate, y llena de zozobra por la agitacion evidente de Eduardo; pero así que las nuevas libaciones hubieron devuelto su alegría á los comensales, hizo una seña á su marido, se deslizó pausadamente por detrás de ellos, y saliendo de la estancia se dirigió á la pequeña habitacion que el posadero les habia destinado para pasar la noche.

Eduardo, desfallecido, se dejó caer sobre el lecho.

—Procura dormir, le dijo Angélica, y recobrar con el sueño las perdidas fuerzas. Yo voy á hablar al posadero: me ha parecido bueno y caritativo, y quizás nos proteja en nuestra fuga. No te inquietes sino vuelvo pronto, duerme y espera.

Eduardo se quedó solo, y agobiado bajo el peso de mil indecibles tormentos. ¡Estraña aberracion de los sentidos, demencia singular de las pasiones desordenadas y fogosas, cuando han sacudido el freno de la razon y los deberes! Eduardo en medio de sus angustias, de sus privaciones, de sus amarguras, no pensaba ni en su esposa, ni en su hijo, ni en su buen nombre mancillado, ni en su porvenir perdido; no pensaba mas que en Magdalena. Agitaban alternativamente su corazon los celos y la desconfianza, y hubiera dado gustoso la vida por cerciorarse de que sus sospechas eran mentidas, falsas las calumnias que se propalaban en desdoro suyo, falso su nuevo amor hácia el Duque, su enemigo.

—¡Es imposible que haya dejado de amarme! pensaba con exaltacion febril. Aquella noche estuvo fria, porque el terror embargaba sus sentidos! Ella no pudo escribir aquel infame reto! Si no ha venido á consolarme en mi prision, es porque la obstinada presencia de mi esposa lo impedia! Si pudiese verla, si pudiese hablarla un instante, yo sé muy bien que su corazon me pagaria con usura las promesas de su lábio!

Cien veces habia hecho Eduardo este racionio, cien veces lo hizo así que se halló solo, acalorada su imaginacion con cuanto habia oido decir en favor y en agravio de su ídolo.

—Mienten, mienten! se decia á sí mismo. Aquel jóven bien aseguró que la habia visto temblar y estremecerse al oír pregonar mi cabeza. Aquel jóven dijo la verdad!

¡Oh, si todo no fuese mas que una horrible pesadilla, si me amase todavía!... Sí, sí! ¿Por qué habria querido que el Rey la hiciese donacion de mis bienes, si no fuese para conservármelos? ¿Por qué habitaria mi palacio si no fuese para respirar el aire que yo respiraba, tocar los ob-

jetos que me eran tan queridos? Por qué ha querido conservar á su lado á todos mis servidores, sino porque la hablen de mí y la entretengan con el recuerdo de aquel á quien adora?... Sí, sí, me ama! no es posible que no me ame! Oh, si pudiese verla, verla un solo instante!... Mi palacio se halla extramuros de la ciudad, nada mas fácil que llegar á sus puertas sin ser visto... Estamos muy cerca... ¿No eran los campanarios de Choisy los que se dibujaban próximamente entre la sombra?

Levantóse al decir esto, abrió la ventana. La ventana daba al campo, y desde ella solo se descubria una vasta campiña, cubierta por la nieve. En las alturas inmediatas brillaban algunas hogueras, que revelaban la presencia de las tropas, acampadas en aquellas cercanías, y su trémula claridad hacia mas visibles las opacas sombras de la noche.

Eduardo estuvo un instante indeciso, despues tomando una resolucion repentina, midió la distancia que separaba la ventana del suelo, y viendo que estaba á muy poca altura, y que las ramas de una encina inmediata facilitaban el descenso, subió sobre el alfeizar, se deslizó por el tronco del árbol, y apenas llegó al suelo, echó á correr al través de los campos como un insensato.

Tan grande era su aturdimiento, tan fija estaba su imaginacion en una sola idea, que no oyó el grito que soltó Angélica al sorprenderle en el acto de su fuga, ni advirtió que le venia siguiendo con increíble ligereza.

Eduardo nada vió, nada pensó; solo veia flotar delante de sus ojos la bella imagen de Magdalena; solo pensaba en la palabra amante que iba á escuchar de sus lábios.

Atravesó los campos y rodeó los muros de Choisy. Quien le hubiese visto tan exámine y abatido algunos momentos antes, no hubiera podido reconocerle en aquel instante, y es que la exaltacion febril de su espíritu le galvanizaba, dándole fuerzas para llevar á cabo su atrevida empresa.

Sin estremecerse oyó los gritos de los centinelas que guardaban las murallas, y el galope de algunos caballos que seguian sus pasos muy de cerca.

Por fin llegó á las puertas del palacio, que habia sido suyo en otro tiempo, en donde habia pasado dias serenos y felices al lado de Angélica, antes que una borrascosa passion turbase sus sentidos; en donde habia nacido su hijo, alegrándole con sus gracias infantiles.

¡Ah, cuántos tormentos, cuántas angustias apuró en el breve instante que permaneció indeciso en sus umbrales! Por un lado su conciencia le representaba su ingratitude hácia Angélica, su culpable indiferencia hácia su hijo, la negra accion que estaba llevando á cabo; por otro el amor apasionado y delirante, desplegaba á sus ojos todas sus seducciones!

(Se continuará.)

MARÍA DE LA CRUZ.



VARIEDADES.

LA SIRENA.

Existe en Rimini, pintoresca ciudad de Italia, un bellissimo palacio, sombreado de tilos y naranjos, y hé aquí la historia que cuentan sus habitantes acerca de su origen.

En una espléndida tarde de Agosto de 1815, por el azulado golfo de Nápoles, cruzóse una barquichuela pescadora con un barco mercante.

De la primera partian cantos tan bellos, modulados por una voz tan dulce y argentina, que los marineros y pasajeros del segundo se agolparon á popa para oírlos.

—¿Quién canta así? preguntó el jóven capitan del buque.

—¡Es la sirena! ¡Casi pudiera decirse la hechicera! exclamó uno de los marineros, haciendo la señal de la cruz.

—¡Quita allá! dijo otro. Es sencillamente Zerlina, la hija de Genaro el pescador.

—¿Quién la ha enseñado á cantar así? insistió el capitan lleno de asombro.

—¡Nadie! El pobre Genaro tiene doce hijos, y gracias si puede darles el pan de cada dia.

El navío y la barquichuela llegaron al puerto. Genaro y su hija desembarcaron, y llevaron una canasta llena de dorados pececillos á una casucha inmediata, que era su vivienda.

Zerlina tenia diez años, era delgada, pálida, y no poseia otra hermosura mas que sus grandes ojos azules y sus cabellos blondos que la descendian hasta los piés.

Un hombre se deslizó en pos de ella; era el capitan del buque.

—Genaro, dijo al pescador. Me llamo Pablo Sorelli, soy natural de Rimini, y hago el comercio entre Italia y la costa de Levante. Tu hija tiene la voz de un ángel y canta como un ángel. Es preciso que entre de pensionista en el Conservatorio, en donde permanecerá seis años. Los gastos corren de mi cuenta, y los pagaré de antemano al director.

Podrás verla siempre que te plazca, pero no sacarla del Conservatorio ni impedir que siga la brillante carrera á la cual la llama su destino. Si consientes, te daré este bolsillo lleno de oro para que cuides de la educacion de tus otros hijos.

El pacto fué aceptado.

Trascurrieron quince años.

Era tambien una espléndida noche de Agosto, y la luna iluminaba la ciudad de Rimini, llena de agitacion y movimiento. Plazas y calles estaban atestadas de forasteros que, no hallando cabida en el teatro, se contentaban con invadir sus avenidas.

Es que aquella noche cantaba la famosa Sirena, la que habia recorrido en triunfo la vieja Europa y la vírgen América, recogiendo por todas partes flores, plácemes y oro. ¿Es necesario decir que era Zerlina?

Los ecos de la fama no sabian repetir mas que su nombre, y el ruido de las aclamaciones que seguian sus huellas.

Si era tan grande la efervescencia de los que solo esperaban tener el placer de oirla, seria imposible describir el entusiasmo de los que admiraban al mismo tiempo su canto, su expresion y su hermosura.

La ópera que interpretaba era el Otelo, y nunca se habia visto una Desdémóna semejante.

Pero cosa estraña; los ojos de la Sirena estaban fijos en un solo punto; solo el rostro pálido y triste de un hombre sentado en la orquesta, tenia el privilegio de atraerla y cautivarla. Para él parecia cantar; á él parecia dedicar todos los apasionados acentos de su alma.

Terminada la funcion, fué llevada en triunfo á su casa, y la dieron una brillante serenata.

¡Nuevo y estraño misterio! Apenas se extinguieron las luces de las antorchas, apenas se apagaron los últimos ecos de los instrumentos, los curiosos la vieron salir sola, cubierta con un velo, dirigirse á una antigua casa arruinada del arrabal, y penetrar en ella.

En uno de sus desmantelados aposentos, sentado junto á una mesa, con la cabeza apoyada entre las manos, estaba el melancólico espectador de la orquesta.

—¡Soy yo! dijo la Sirena con voz dulcísima, abalanzándose hácia él; ¡soy yo, y vengo á pagarte mi deuda! He recorrido el mundo en busca tuya sin hallarte! ¡Una postrera esperanza me ha conducido á Rimini! Sé que no te ha sonreido la fortuna, y que el mar se ha tragado tus bellas mercancías. Mis padres y mis hermanos son ya ricos: cuanto poseo es mio.

He vivido por tu amor y por tu amor he cantado. ¿Quieres que sustituya la rueda á mi cetro de flores? ¿Quieres que reconstruyamos la casa de tus padres convirtiéndola en paraíso? ¿quieres?

Al dia siguiente, el mundo filarmónico se vistió de luto, porque perdía á la mas bella é inspirada de sus divas, pero en Rimini se levantó el hermoso palacio de la Sirena, que parece, en efecto, formado por las hadas, y cuentan que en él siempre se anidaron la paz y la ventura.

R. S.



LABORES.

Dos de tan distinta como útil aplicacion, representa el grabado que acompaña á este número, y en ellas encontrarán nuestras lectoras agradable entretenimiento para sus ratos de ocio, y adornos de mérito no vulgar para sus trajes y para su gabinete.

En el primer caso se encuentra el lindo fleco señalado con el núm. 1, que ejecutado con torzal negro, puede enriquecer trajes y abrigos, y ejecutado con algodón número 30 colchas, tapetes y antimacasares. Principiase esta labor por la hilera de anillos redondos, aumentándole por un lado el pié calado, y por otro las anillas ovaladas con su fleco: para cada anilla redonda se hacen catorce puntos de cadeneta, que se cierran en círculo, y sobre ellas veinte y un puntos dobles, ejecutando solo la mitad y pasando á formar la anilla siguiente, que se cubre tambien en su mitad, y así sucesivamente en toda la línea, volviendo por el mismo orden á cubrirlas otras mitades encontradas. Para el calado superior se hacen:

1.^a *Vuelta*.—*1 bar. sobre la union de las dos anillas, 2 ps. s. de cadeneta, 5 ps. en los cinco de la anilla, 2 ps. sencillos.* Se repite de señal á señal hasta el fin de la vuelta y lo mismo en las sucesivas.

2.^a—*5 ps. s., 1 p. d. cada tres puntos de la vuelta anterior.*

3.^a—Como la anterior, haciendo los puntos dobles en el centro de los calados.

4.^a—*2 ps. s., 1 p. d. en el centro de los calados.* Esto dará por resultado una vuelta estirada de cadeneta.

5.^a—1 p. d. sobre el primer punto, *1 bar. sobre el se-

gundo, 1 bar. d. sobre el tercero, 1 p. d. sobre el punto que sigue,* con lo cual se forma el feston.

Las anillas ovaladas, destinada cada una á llevar un fleco anudado en su centro, constan de 18 ps., que se cierran en círculo, y sobre éste se hacen: 8 ps. d., 5 bar., 7 bar. d., 5 bar. y 8 ps. d., que terminan junto á los otros, y entonces se corta el hilo, cuyo cabo sirve para coserla á las anillas superiores. El fleco se corta doble de su largo, para anudar por la mitad cada doce cabos.

El modelo marcado con el núm. 2 es un *calado de punto de aguja* hecho con estambre y agujas de madera, ó con algodón muy grueso, sirviendo para colchas, cortinajes y abrigos de señora ó niños, poniéndole un doble forro de seda *ouaté*.

Se montan en la aguja tantos puntos como ancho se quiere dar á la labor, y se ejecuta del modo siguiente:

1.^a *Vuelta*.—1 p. lis., *1 trab., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 1 lis.* repitiendo de señal á señal hasta el fin de la vuelta, lo que se tendrá entendido para todas.

2.^a—Lisa del derecho.

3.^a—Como la anterior.

4.^a—Lisa del revés.

5.^a—2 p. lis., *1 trab., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 1 lis.*

6.^a—Como la segunda.

7.^a—Como la tercera.

8.^a—Como la cuarta.

Repitiendo estas ocho vueltas por el mismo orden, se da á la labor toda la estension necesaria.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 861.

FIG. 1.^a *TRAJE DE SOIRÉE*.—*Vestido* de gasa de Chambery, bordado de flores y hojas de fantasía. El cuerpo muy bajo y de escote cuadrado por delante y por detrás, está guarnecido con un encaje, cortado en dos por un biés de tafetan grosella. Las mangas son cortas, formando un buillon, y guarnecidas con el mismo encaje. Completan el adorno tres ramilletes de rosas, de los cuales uno se coloca en el pecho y los otros dos en cada hombrera. La falda superior está abierta por delante, y guarnecida con un biés de tafetan que rodea el bordado.

El cinturón, tambien de tafetan, se prolonga por ambos lados con una cinta ancha, que recoge la falda, formando un lazo de cabos flotantes, en cuyo centro se pone una rosa.

La falda inferior, muy larga por detrás, concluye con un doblado ancho, adornado con dos bieses de tafetan.

En cuanto al peinado, que forma el complemento de este lindo traje, consiste en levantar hácia atrás los cabellos de delante, ondulándolos y rizándolos alternativamente, y encerrar la moña en una redecilla ó en un cuadrado de encaje.

En la frente se colocan algunos ricitos y dos trenzas muy largas, que descienden á cada lado hasta mas abajo del talle. El tocado se compone de una cinta grosella, puesta en espiral al lado izquierdo, y á la derecha dos botones de rosa, que se colocan entre los ricitos y la cinta.

Zapato de raso blanco, y guantes largos color de caña.

FIG. 2.^a *TRAJE DE PASEO*.—*Sombrero* de crin gris, forma muy chata, alas pequeñas y lisas. Las bridas verdes se anudan por debajo de la moña. Otra cinta del mismo color, adornada con una piocha, rodea la copa, y descende en cabos flotantes sobre la espalda.

Paletot y falda superior de muselina de seda gris, ribeteada la segunda con un grueso trenzado de popeline del mismo color. El paletot recto, está adornado con un biés de la tela del vestido, y un trenzado igual al de la falda. Del lazo, tambien trenzado, y guarnecido con una agujeta de cristal que adorna la hombrera, parten dos trenzados que se cruzan por detrás, y caen rectos por delante, terminando con dos agujetas. La sobrefalda, casi lisa, recta, y cuadrada por delante, está abierta en los costados. Por detrás es mas larga, y cosida á pliegues regulares.

Un trenzado que descende del talle, recoge la falda á cada lado, y prolongándose termina en una agujeta.

Falda inferior de tafetan verde, guarnecida con una ru-cha de popeline gris.

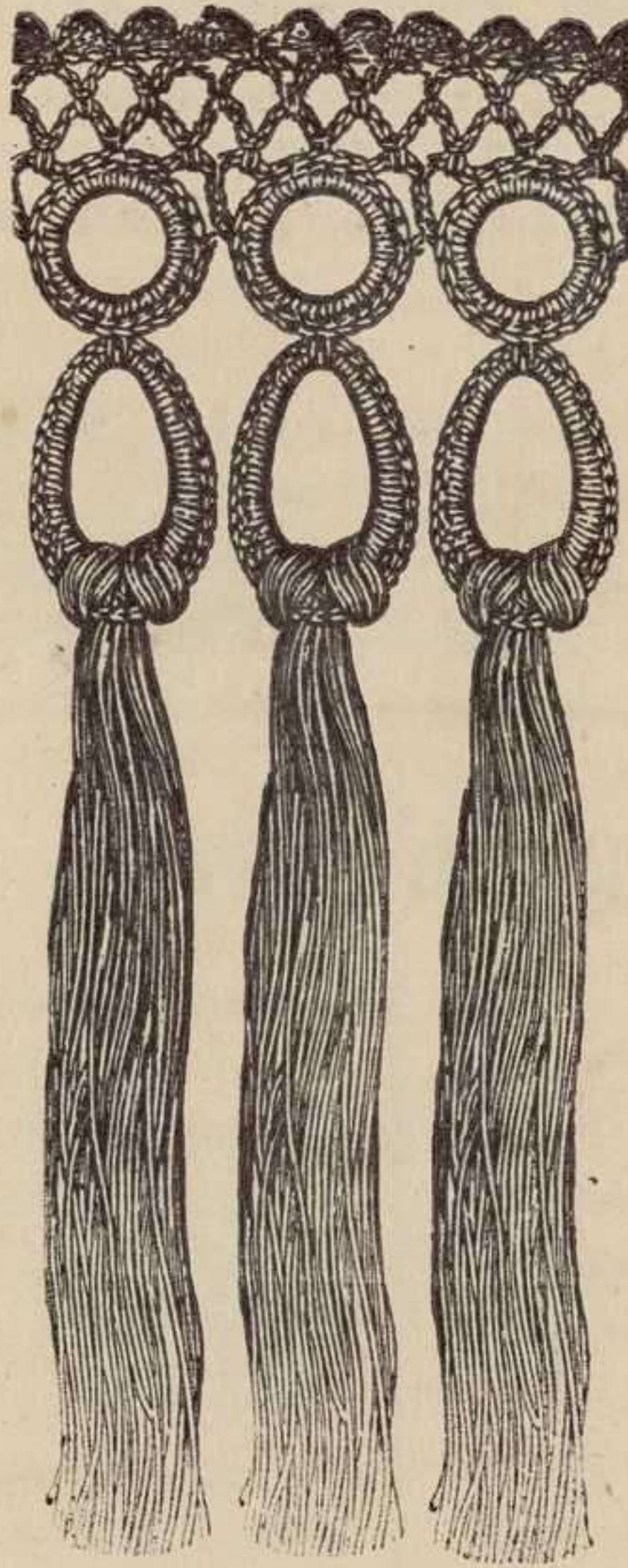
Botitas rusas y guantes color de naranja.

Editor: MIGUEL CAMPO-REDONDO.

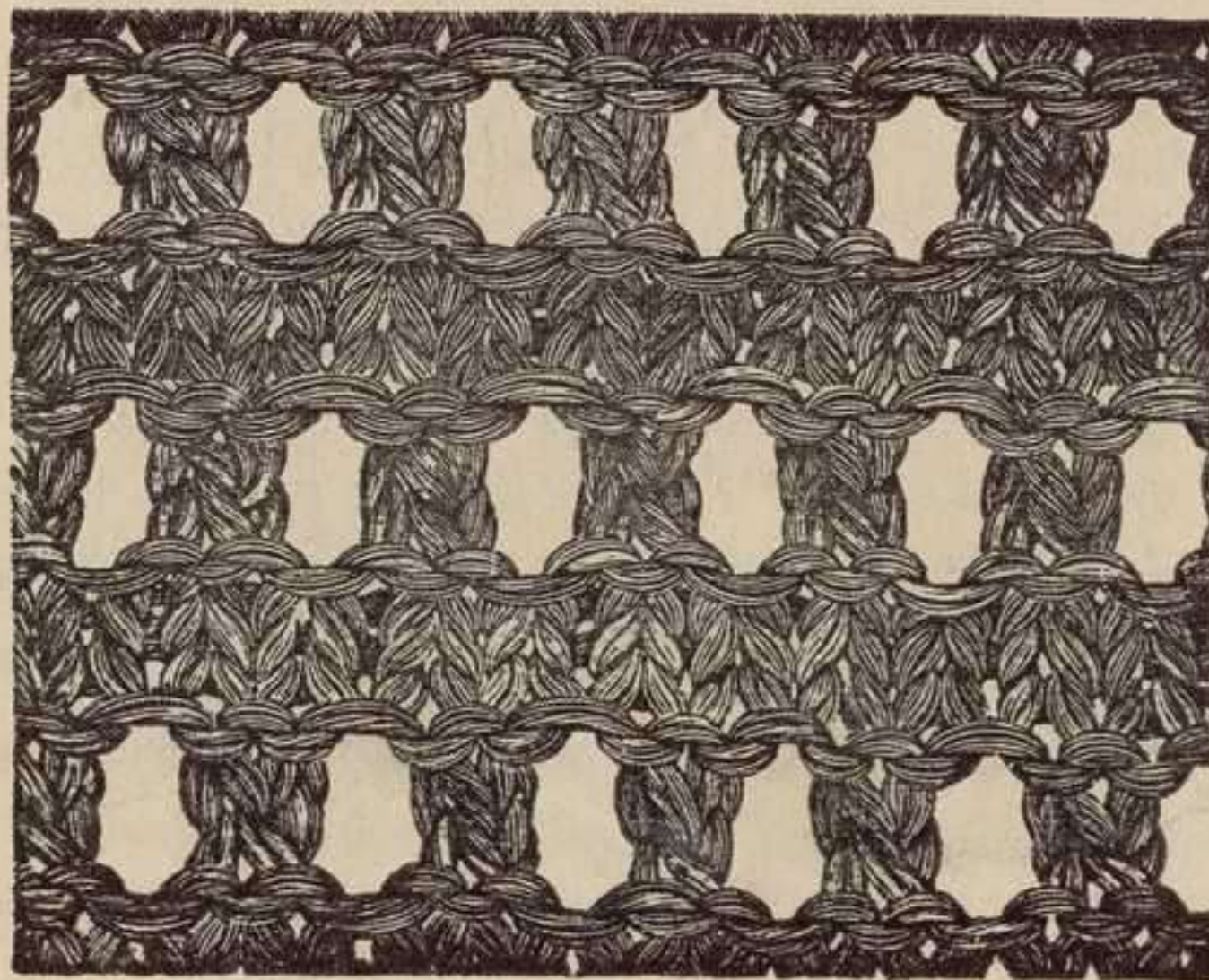
MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.

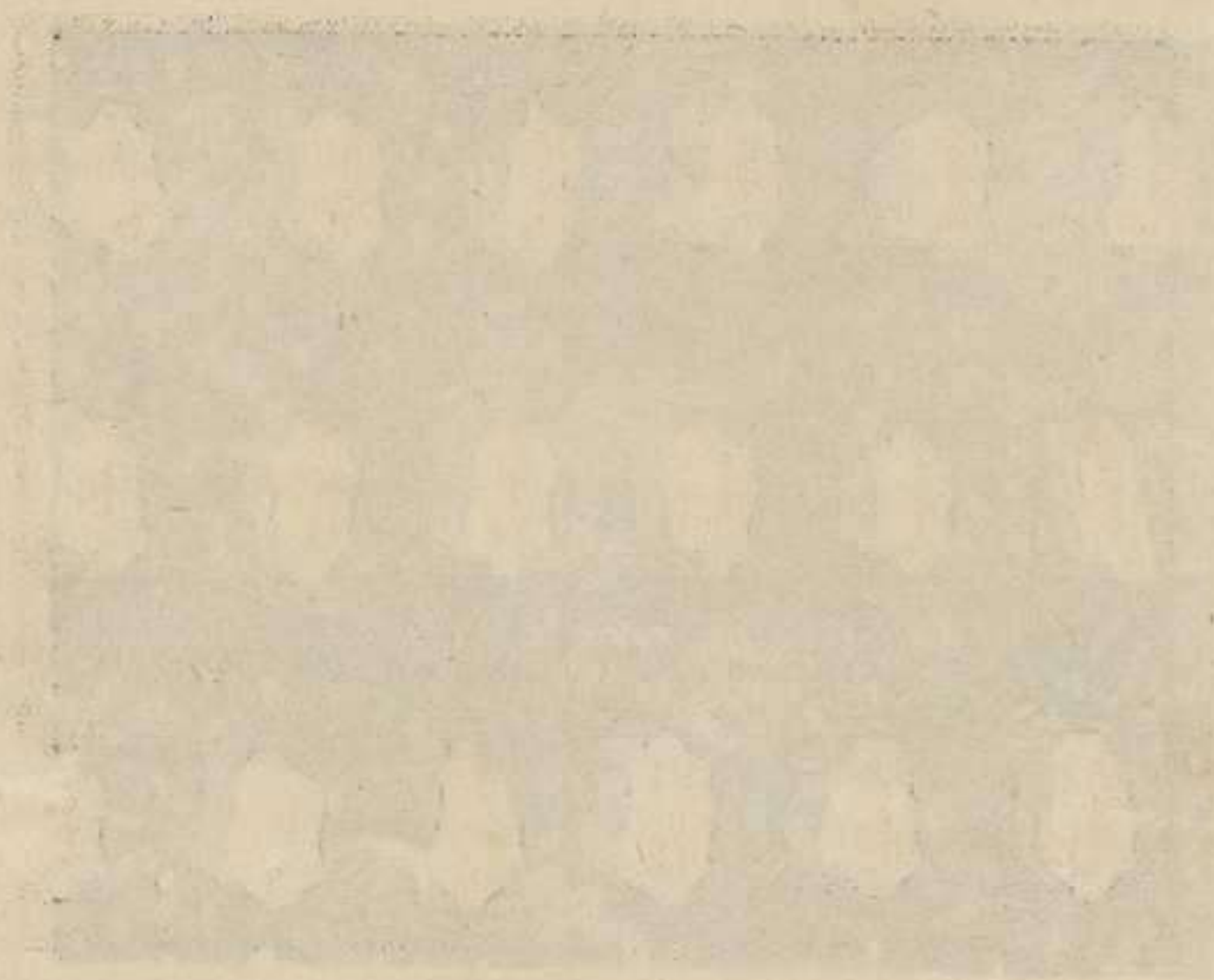
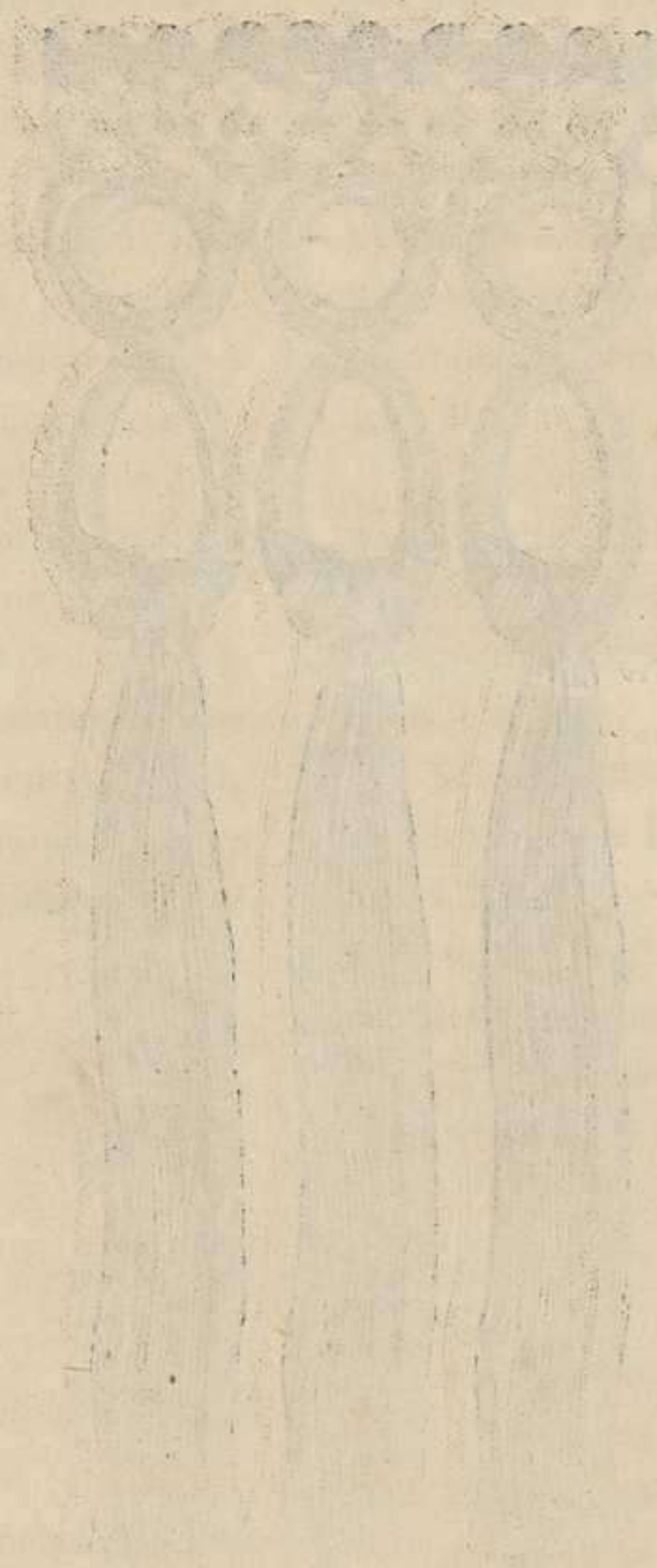
1



2



COPIED FROM THE ORIGINAL



1875

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1875